

parabienes; vuestra madre está en el cielo," Quedó admirado Julio, al oírle hablar de la muerte de su madre, la que no podía haber sabido sino por un conducto sobrenatural, quedando sumamente consolado por la seguridad que le daba de la salvacion de aquella á quien debía la vida.

Encargó un día Marcelo Vitelleschi, á uno de sus criados, llevase al santo dos vasos llenos de agua de flor de naranja. Por una torpeza del criado solo pudo llevar un solo vaso, á causa de haber roto el otro en el camino; y al recibirlo Felipe le dijo riéndose: "¿Y el otro os lo habreis bebido sin duda?" Quedó admirado el pobre hombre y le contó lo que le habia sucedido. De vuelta á casa, preguntó á su amo, si le habia dicho algo al santo del presente que iba á hacerle; y como la respuesta fué negativa, comprendió desde luego que lo habia sabido por revelacion.



CAPITULO XXIX.

Penetra Felipe los secretos de los corazones.



RECIBIO el siervo de Dios este don en un grado tan admirable, que nada se le ocultaba de la conducta de sus hijos espirituales. Cuanto decían, cuanto pensaban, cuanto bueno ó malo hacian, todo lo sabia y se los contaba á ellos mismos tal cual habia pasado. No podian dejar la oracion, ó disminuir el tiempo que debian emplear en ella, sin que él dejara de saberlo perfectísimamente: y le eran tan conocidas las conversaciones que habian tenido, como si él mismo las hubiera estado oyendo con sus propios oidos. Por lo mismo, aquellos á quienes su propia conciencia tenia algo que reprender, huian de su pre-

sencia, al paso que otros que no se hallaban en este caso la solicitaban con ansia. Si alguna vez se daba el caso que algunos de ellos pasaban un rato en vanos discursos ó en algo que pudiera ser reprehensible, bastaba para que se ocupasen de otra cosa, decirles: “¡Cuidado! lo sabrá el Padre Felipe.” Vanamente procuraría algun penitente engañarlo, porque al momento descubriría su perversa intencion; pero al mismo tiempo podian estar seguras en sus confesiones las personas de conciencia delicada, cuando él quedaba satisfecho de ellas; porque puede decirse que él veía tanto el bien como el mal. Probémos lo dicho con ejemplos.

Rafael Lupo, jóven libertino, tenia por amigo á un discípulo de nuestro santo, y urgido por él á mudar de vida, y queriendo librarse de sus instancias, le ofreció hacerlo así y aun ir en su compañía á ver al siervo de Dios. Creía que con hacer una visita á Felipe, saldría del apuro; pero no era esta la intencion de su amigo. “Aquí tenéis, padre mio, le dijo señalando á Lupo, á un jóven arrepentido de su vida pasada, y que desea expiar sus faltas con la penitencia: hacedle la gracia de confesarle. Se estremeció Lupo al oír lo que proponia su amigo, pues nada estaba mas lejos de su intencion; pero por no disgustarlo, se arrodilló é hizo una confesion fingida. Ilustrado Felipe por Dios del mal estado de la conciencia de aquel hombre, le puso la mano cariñosamente

sobre la cabeza, y le dijo: “En vano, hijo mio, queréis engañar á mi vejez. El Espiritu Santo me ha revelado todos vuestros pecados; confesadlos con toda verdad á vuestro Dios, y esperad en su misericordia.” Herido con estas palabras el falso penitente, mudó al momento de sentimientos; hizo una sincera confesion de toda su vida, y desde aquel dia fué tan prodigiosa su mutacion, que ya no fué el mismo hombre. Reformó sus costumbres ejercitándose en obras piadosas, y por último, entró á la religion de San Francisco en la que vivió y murió santamente.

María Magdalena de Anguillara, se fué á confesar un dia con Felipe con tan corta disposicion, que no pudo acordarse de algunas faltas importantes, de que debia acusarse. Conociólo el santo y le dijo: “Id á examinaros un poco mas, y despues volvereis.” Fué á hacerlo así, y encontró en efecto muchas faltas que vino á decirle; despues de lo cual, temerosa de que aun algo se le olvidase, le rogó que la ayudara con sus preguntas. “Es inutil eso, le respondió el santo, vuestra conciencia está ya completamente limpia.” Al salir de allí, se dijo esta muger á sí misma: “Sin duda alguna, me ha dicho esto el padre para tranquilizarme; porque él no puede ver ciertamente lo que pasa en mi interior.” Volvió á verle á poco tiempo, y el santo le declaró una á una todas las faltas que habia cometido desde su última confesion. Comprendió ella entónces

muy bien el objeto de esta leccion, y miró ya á su confesor, como á un profeta.

Santiago Crecenti estaba un dia muy afligido por el temor de haber olvidado algun pecado grave en sus confesiones, y se lo manifestó así al santo. “Tranquilizaos, hijo mio, le dijo el siervo de Dios; porque si vuestra conciencia estuviera aún manchada, yo la veria claramente: tened esto por cierto.” Francisco de Molaria se confesó generalmente y despues volvió á acusarse de las faltas que aun habia encontrado. Así que acabó, le preguntó el santo si no habia cometido un pecado de tal especie. “Sí padre, respondió.—Y ¿porqué no lo confesais?” Replicó el santo. Francisco respondió que porque creía haberlo hecho ya así. “Os engañais, le dijo el padre; estad seguro que nunca os habeis acusado de él.” Este, despues de una madura reflexion, advirtió en efecto que lo habia olvidado en todas sus confesiones anteriores. José Zerla, afirmaba que no contento el santo con descubrirle sus faltas mas ocultas, le indicaba las tentaciones que le habian de asaltar, y le señalaba los medios de que debia servirse para combatirlas.

Un gráve eclesiástico de Siena, amigo íntimo de muchos de los miembros de la congregacion, vino una vez á Roma y paró en la casa del Oratorio. En la misma tarde de su llegada notó el humor festivo de Felipe, que no pudo ménos de repugnar á sus ideas, y de hacerle dudar de que

este padre fuera un santo, como lo decia la opinion pública. Se fué á reconciliar á la mañana siguiente con él, y no se acusó del juicio de que hemos hablado; acaso porque por la severidad de sus principios le juzgaba justo. Felipe, que veia en su corazon lo que pasaba, le dijo: “¿Porqué no me hablais de la admiracion que os causó ayer la ligereza de mi conducta?” Admirado el penitente de ver que aquel hombre sabia lo que él soio guardaba en su corazon, creyó que recibia de lo alto las luces proféticas, y no pudo dudar ya de su eminente santidad.

Vino un dia una muger á rogar á este buen padre quisiese confesarla: pero esta confesion no era para ella, mas que una ocasion que queria aprovechar para que el santo le diese una limosna. Felipe que conoció su intencion, le dijo: “Marchaos, buena muger; no hay aquí limosna para vos.” Como confesor experimentado, no podia sufrir que se hiciera comercio de la devocion; pero por lo demas, tenia buen cuidado de socorrer las necesidades de sus penitentes pobres, por medio de manos estrañas, á fin de que nadie viniese á su tribunal con otra mira, que con la de remediar sus necesidades espirituales.

Si alguno le ocultaba á sabiendas alguna falta, luego al momento lo reprendia severamente, y le hacía hablar con sinceridad. Hector Modio, no le manifestó un dia en su confesion, ciertas tentaciones de que no habia salido muy limpio. “¿Qué

confesion es ésta? le dijo el santo. ¡Habeis tenido pensamientos impuros, los habeis desechado con suma negligencia, y los callais!” Esta correccion produjo su efecto, porque el jóven se confesó ya desde entónces con la franqueza conveniente.

Otro de sus penitentes, despues de una borrasca nocturna de que no salió muy limpio, no se atrevió á ir á ver al santo la mañana siguiente, como se lo habia propuesto. Sin embargo, se resolvió á ir en la tarde al Oratorio cuando ya habia en él una buena reunion y procuró ponerse en un lugar apartado, para que el padre no le viese. Pero vana precaucion. Felipe se fué derecho á él y sacándolo aparte, le refirió cuanto le habia pasado en aquella tentacion. Otra vez fué este mismo hombre á un lugar peligroso, temiendo siempre que su confesor lo llegase á saber. Lo supo en el acto, y no dejó de decírselo en primera ocasion, dándole una muy buena reprimenda.

Otro procuró engañarle, ocultándole ciertos pecados graves. Luego que acabó su confesion, le dijo el santo: “Agregad ahora tal pecado que me ocultais por vergüenza, y despues tales otros que vuestro orgullo os ha hecho callar hasta hoy.” Confundido el pobre penitente no pudo contener sus lágrimas, y solicitó hacer una confesion de toda su vida. Mudóse su corazon desde aquel momento é hizo su acusacion con toda la franqueza que era de desear, siendo ya en lo sucesivo un

hombre tan piadoso, como perverso habia sido hasta entónces.

Otro temblaba á sus pies, como la hoja de un árbol, y permanecía mudo de vergüenza y dolor. “¿Por qué no me hablais, hijo mio? le dijo el santo. ---Padre mio, le respondió, tengo un pecado tan grave, que no me atrevo á confesaroslo.--Sosegaos, le dijo Felipe: lo estoy mirando en vuestra conciencia, es tal cosa.”

Uno de sus discípulos jóvenes, cometió, por una desgracia, un pecado vergonzoso: le faltó valor para írselo á manifestar á su padre, y fué á confesarse con otro sacerdote. Luego que vino despues á reconciliarse, le dijo Felipe: “Temisteis, hijo mio, venir á acusaros conmigo de la desgracia que os sucedió, y fuisteis á manifestársela á otro, ¿qué habeis ganado con eso? Dios me la ha revelado, para que tengais dos vergüenzas en lugar de una: es tal cosa.” Podría citar muchos ejemplos semejantes; pero ya sobra con los que llevo dichos á cerca de este género de profecías: hablaré ahora del conocimiento que tenía de las tentaciones que affigian á las almas, y de los diversos secretos encerrados en lo íntimo de los corazones, sabidos de solo Dios.

Blas Betti era presa, hacia ya mas de un año, de unas tentaciones tan violentas, que ni la oracion ni la maceracion de su cuerpo habian podido librarlo de ellas. Ocurrióle el pensamiento de ir á pedir consejo á Felipe; y en consecuencia, se fué á la

iglesia del Oratorio, á donde el santo estaba confesando. Viendo que tenía ya poca gente, se determinó á aguardarle, paseándose entretanto, bajo el peristilo. Felipe inspirado del Cielo, luego que acabó de confesar, se fué á buscarle, y le dijo: “Ya sé á lo que venís. Id á ver á vuestro confesor, y haced lo que os mande. Las tentaciones que os atormentan no podrán resistir á la obediencia.” Admirado Blas de oírle hablar con tanta instrucción á cerca de su estado interior, cosa que no le era posible saber por medios humanos, le obedeció con tanta prontitud como confianza y consiguió verse libre de sus terribles tentaciones.

Claudio Neri, célebre jurisconsulto, era también un hombre de eminente piedad é íntimo amigo del padre Felipe. Violentamente tentado por el espíritu de tinieblas, dejó poco á poco sus ejercicios espirituales, y renunció á la frecuente comunión. Mas de una vez tuvo el pensamiento de abrir su corazón á su amigo; pero siempre se lo impedía un malhadado temor, y fué preciso á su pesar, que la bondad divina le entregase á los benéficos consejos de éste hábil médico. Hé aquí con que ocasión tuvo lugar esta gracia del Cielo. Cayó enfermo Felipe, y el afecto que Claudio le profesaba, le condujo al lecho del santo, quien después de hablarle sobre diversas cosas, se le quedó mirando, y le dijo: “Estoy dispuesto á oír lo que me quereis decir.---Yo no tengo cosa que decir, padre mio, respondió Neri: únicamente

he venido á visitaros.---Sí, sí, replicó el santo, vos teneis que comunicarme cierta cosa que os interesa.---No, padre, yo os aseguro que no, respondió Neri; cuyo espanto se echaba de ver cada vez mas y mas.---Supuesto que no quereis hablarme, oid lo que os voy á decir. Tenía yo un amigo muy querido á quien asaltaban unas graves tentaciones que debió haberme manifestado, pues la gracia y la amistad así lo exigian: pero le faltó valor para ello, y prefirió quedarse sin consejo y sin apoyo; por lo cual vino á ser muy presto el juguete de su enemigo, que lo ha obligado á dejar una tras otra sus devociones; lo ha alejado de la sagrada mesa, y ha puesto en gran peligro su salvación. Si él hubiera sido un poco mas humilde, me habría declarado que el demonio impuro le atormentaba de tal y tal manera, y yo le habría indicado el remedio.” El pobre Neri se quedó de una pieza, sin poder articular una palabra; pero se aprovechó del remedio y consiguió su curación.

Vicente Begeo, jóven lisonjeado por las vanidades del mundo, tuvo un dia el pensamiento de hacerse religioso dominico, y sin meditarlo mas, se fué al convento de Santa María Minerva, pidió audiencia al padre maestro de novicios, y le dió parte de la inspiración que habia tenido. “¿Hace mucho tiempo, le preguntó el religioso, que os ocupa este pensamiento?---No, padre, respondió Vicente; me ha venido ahora yendo por tal calle.

Es, sin duda una inspiracion; tal la creo y podeis estar cierto de ello.---Esta sería una imprudencia, hijo mio, le dijo el religioso. Yo os aconsejo que vayais á ver al padre Felipe y que le consulteis este negocio; y entónces volvereis á darme parte de su modo de pensar, que para mí será el de Dios." Vicente se encaminó al Oratorio, y encontró en la puerta de la iglesia al santo hablando con una persona. Luego que estuvo bastante cerca de él, levantó Felipe la cabeza, y le dijo: "Aguardad, hijo mio, mientras acabo con este señor; ya sé á lo que venís." Luego que se retiró aquella persona, se acercó al jóven, le puso cariñosamente la mano en la cabeza, y le dijo: "El maestro de novicios del convento de Minerva, os envía á mí para que me consulteis si tenéis vocacion para domínico. Id á decirle de mi parte, que el deseo que sentís viene de Dios." Asombrado Vicente de aquella respuesta profética, corrió á comunicarla al maestro de novicios, quien le dijo riéndose: "Supuesto que Dios quiere que seais domínico, yo tambien lo quiero; venid lo mas pronto que podais." Cinco dias despues vistió el hábito religioso en presencia de Felipe, á quien el jóven habia convidado para que fuera testigo de su dicha.

Domingo Scoppa, á quien el Cielo llamaba al estado religioso, se detenía en el siglo á causa de algunos temores quiméricos, que no se atrevía á manifestar á su confesor. Viendo éste que no podía

determinarlo, le propuso se sujetase al dictámen de Felipe, y habiendo consentido en ello, le condujo al santo. Este le exhortó eficazmente á que siguiese la inspiracion de la gracia, asegurándole que ella era la que le inclinaba á hacerse religioso. Despues le llevó aparte, y le dijo al oido: "Tened ánimo, esa pobreza que temeis ahora, será un delicioso consuelo para vos." Sorprendióse Domingo al ver que el santo leia lo que pasaba en su corazon; porque su indecision no tenía otra causa ciertamente que aquel temor, el cual no habia jamás confiado á persona alguna. Desde entónces no vaciló ya en su vocacion, y experimentó lo que el santo le habia prometido.

Luis de Torres, discípulo jóven de nuestro santo, reparó un dia en la vejez del vestido del padre y resolvió comprarle uno nuevo. A la mañana siguiente volvió de su casa provisto del dinero necesario, con intencion de ir á comprar el género propio para el efecto. Felipe, instruido por Dios del designio de su discípulo, le llevó á su cuarto, y abriéndole el estante en que guardaba su ropa, le dijo: "Ya veis que no me faltan vestidos; no hagais, pues, un gasto inútil." Fué arrebatado Torres de admiracion, porque á nadie habia comunicado su pensamiento; y mas tarde, hallándose ya revestido de la púrpura romana, depuso este hecho bajo la sagrada religion del juramento.

Tenía Claudio Neri una hija que deseaba ser religiosa de cierto convento, pero él quería que lo

fuese de otro. Sabedor de esto Felipe por el Cielo, fueron tales sus oraciones, que llegó á conseguir que la jóven mudase de inclinacion y entrara gustosa al monasterio que su padre había escogido, que fué el de la Torre de Miradores.

Acababa de perder á su esposo Constancia de Drago, y se hallaba con tal motivo entregada á un acerbo dolor. Creyó nuestro santo un deber suyo, hacerle una visita de consuelo, y esta señora, al verle, se dijo á sí misma: “Mas valiera que se hubiera muerto este viejo que no mi esposo que era todavía tan jóven.—Teneis razon, hija mia, le dijo el santo, respondiéndole á su pensamiento. Yo no soy ya mas que un cadáver ambulante, y vuestro esposo era un hombre en la flor de su edad.” Constancia se llenó de vergüenza y pretendió disculparse; pero su turbacion se lo impidió. En su pesar, habia resuelto hacer no sé qué buena obra, que ya despues no quiso ejecutar: pero este secreto había permanecido en su corazon. Sin embargo, Felipe la vió un dia en su iglesia, se acercó á ella, y le dijo: “Y aquella buena obra que prometisteis ¿cuándo la cumplís? Ya sabeis que no es conveniente abandonar una buena resolucion.” Prometió Constancia ponerla en práctica y cumplió su palabra.

Fué un dia el santo á ver á las religiosas de Santa Marta, y muchas de ellas aprovecharon la ocasion para abrirle sus corazones. Entre ellas habia una que atormentada hacía ya mucho tiempo

de un pensamiento de desesperacion, no se habia atrevido á descubrirlo á nadie. Sin embargo, llena de confianza en las luces del santo, se resolvió á confesárselo. Luego que ella estuvo cerca de él, y antes que abriera la boca, el siervo de Dios le dijo riéndose: “Váya que lo habeis hecho bien, hija mia, os estais creyendo condenada á las llamas eternas, siendo así que es vuestro el paraiso. ---No lo puedo creer, padre mio, respondió ella.--- Eso quiere decir que sois una tonta, replicó el santo, y os lo voy á probar. Decidme, Escolástica, ¿por quién murió nuestro Señor Jesucristo?---Ella respondió: Por los pecadores.--Ahora, añadió Felipe, decidme, ¿qué cosa sois vos?---Yo soy una grande pecadora, respondió Escolástica llorando.---Luego Jesucristo murió por vos, repuso el santo, y murió tambien para abriros las puertas del cielo. Está claro, pues, que el paraiso es vuestro; porque no me cabe duda que vos detestais vuestros pecados.” Movida milagrosamente la religiosa con estas palabras, desde aquel momento comenzó á respirar, y aquella dulce palabra, “el paraiso es vuestro,” no cesó durante su vida de consolar y de regocijar su alma.

Un jóven de diez y seis años, revestido ya del sacerdocio, vino un dia con traje de seglar á ver al santo. Este, despues de habérsele quedado mirando, le dijo: “A pesar de vuestro disfráz, estoy mirando que sois sacerdote.---¡Oh! sí, respondió él. Mis parientes me han obligado á tomar

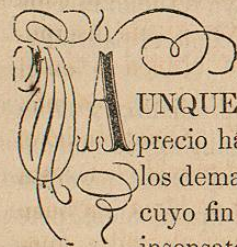
este estado, por despojarme de una rica herencia." Felipe le recibió en su casa, le hizo instruir en las ciencias necesarias á su profesion, cuidó muy particularmente de su formacion espiritual, y cuando ya hubo hecho de él un sacerdote virtuoso y capaz, le envió muy gozoso á su pais. ¿Pero cómo pudo conocer que este jóven era sacerdote, en una edad tan tierna y bajo tan completo disfráz? Esto mismo le preguntó Tarugi, y él le respondió, que habia visto brillar en el rostro de este jóven el esplendor de su carácter.

El cardenal Federico Borromeo, atestiguaba que el santo conocía, con solo ver á sus discípulos, los cambios que hacian en el bien ó en el mal. Dijo un dia á uno de ellos: "¡Ay, hijo mio, que fea está vuestra fisonomía!" Comprendió el jóven lo que le queria decir, y movido con esta reprension, se apresuró á poner su alma en buen estado. Luego que volvió á ver al padre, aunque éste ignoraba lo que habia hecho su discípulo, notó muy bien que su corazon estaba ya purificado, y le dijo sonriéndose: "¡Qué hermoso estais hoy, hijo mio! así es como yo os quiero."



CAPITULO XXX.

Prudencia y discrecion de Felipe, en el gobierno de las almas.



AUNQUE Felipe estaba lleno de desprecio hácia su persona, y quería que los demas tambien lo despreciasen, á cuyo fin se fingía siempre nécio y aun insensato, ninguno se engañó con sus estratagemas, antes bien, todos los que le trataban reconocian en él una suma prudencia y habilidad, por lo que de todas partes le consultaban como un oráculo. El papa Gregorio XIV seguía su parecer en los negocios de alta gravedad. Clemente VIII hizo otro tanto, muy especialmente cuando se trató de volver á la fé católica al rey de Francia Enrique IV. Leon XI recurría aún con mas frecuencia á la sabiduría de sus consejos. San Carlos Borromeo tenía con él conferencias de muchas horas. No se desocupaba su